

EL MIEDO YA ESTABA

Sobre Federico Ferroggiaro, *El miedo vino después*. Rosario: UNR Editora, 2022, 229 pp.

Leonardo Insinga
Universidad Nacional de Rosario
lecoinsinga.profe@gmail.com

Corría el año 2012. En el marco de un Congreso de Literatura Argentina realizado en la Facultad de Humanidades y Artes de Rosario tres expositores de distintas provincias discutían en torno a la siguiente pregunta: “¿Es posible hablar hoy de una literatura rosarina?”. El interrogante se orientaba a pensar una Rosario construida literariamente a partir de escritores que la habitaran. En aquel momento no se formuló una respuesta taxativa. Hoy, con la perspectiva que ofrece la distancia, la respuesta sería en esos términos: sí, existe una literatura rosarina. Al margen de los escritores más representativos o “clásicos” de la ciudad de Rosario –Mateo Booz, Roger Pla, Jorge Riestra, Aldo Oliva, Angélica Gorodisher, Roberto Fontanarrosa y tantos otros-, entre quienes ocupan hoy un lugar destacado en la escena literaria rosarina está Federico Ferroggiaro (Rosario, 1976). Destacado por algunas razones. En primer lugar, porque desde que obtuvo el segundo premio en el Concurso Literario “Ciudad de Rosario 2008” con *El pintor de delirios* (2009) –libro que Beatriz Vignoli (2009) equiparó a *Historia universal de la infamia* porque, de acuerdo a sus palabras, “sus cuentos recuerdan a los del primer Borges”-, no solo no paró de publicar y recibir menciones y reconocimientos en diversos certámenes literarios nacionales e internacionales, sino también su ficción fue

ganando en calidad, identidad y, segunda razón, variedad. Tal vez se asocie el nombre de Ferroggiaro al género cuento, pero con la aparición de su primera novela *Tetris* (2017) mostró una faceta muy distinta a la de sus anteriores escritos, faceta que su libro más reciente, *El miedo vino después*, no hace más que confirmar. Y si esto no es prueba suficiente de un escritor que lejos de repetirse continúa explorando nuevos caminos en el terreno de la escritura, en el 2022 escribió la obra de teatro “Los amigos del silencio”, estrenada en octubre pasado bajo la dirección de Guillermo Petrini. En el andar de todo este recorrido, Federico Ferroggiaro publicó cuatro libros de cuentos, en México una antología titulada *Lugar de la apariencia* (2022) y dirigió la antología de cuentos y poemas *Rosario se lee* (2017) destinada a escuelas secundarias.

El encuentro constituye un *leitmotiv* de algunas de las obras más grandes que la literatura occidental ha dado: Ulises y Aquiles en el canto XI de la *Odisea*; Dante y Virgilio en *La Divina Comedia*; Don Quijote y Sancho; Konrád y el General en *El último encuentro* de Sándor Marai; Walsh y Livraga; Valentín y Molina en *El beso de la mujer araña* de Puig. Precisamente, este es el punto de partida de *El miedo vino después*: Lautaro, un joven recién salido de la secundaria que quiere estudiar periodismo por intermediación de su tía se encuentra con Ángel, un periodista de oficio ya retirado, en busca de consejos o recomendaciones acerca de los “gajes del oficio” y de una verdad: qué hay detrás del crimen de los cinco cooperativistas masacrados por agentes de la Policía de Córdoba el 23 de enero de 1974. En realidad, el primer encuentro entre Lautaro y Ángel es a través de la nota que este publicó en la revista *Así* cuyo título, “¡Masacrados!”, despierta el interés del joven por la causa de estos asesinatos, título que recuerda al “¡Hay un fusilado que vive!” de *Operación masacre*. En ese encuentro entre dos generaciones muy separadas por los años y los procesos

históricos acaecidos, por momentos, la comunicación parece no ser efectiva; hay palabras que se tornan vanas, que no logran transmitir aquello que se quiere decir. El narrador parecería decirle al lector que el diálogo entre una época y otra siempre será incompleto; en el camino quedará algo que el joven nunca llegará a dimensionar del todo.

De inmediato, el viejo se lanza a hablar. Sin atarse a una cronología estricta, sin confirmar que a su interlocutor le interesa lo que narra. (...) Primero Roma, la sede de Radiotelevisione Italiana. Entre el 77 y el 78 había entrevistado al gran Fellini en Cinecittà y había cenado con Anita Ekberg y con Ingrid Bergman, que ya estaba bastante arruinada y perdida... la edad. También había conocido a Ettore Scola y a Marcello, cómo no. A Lautaro, por desgracia, aquellos nombres no le significaban nada, absolutamente; sonidos huecos, una onomástica vacía, como si le nombraran la formación de Chacarita en el Metropolitano del 69 o los emperadores de la dinastía Ming. (2022, pp. 29 y 30).

Si bien *El miedo vino después* no tiene anclajes directos en la obra anterior de Ferroggiaro sí hay un elemento que este nunca abandona y que atraviesa prácticamente la totalidad de su obra: el tono. El mismo tono mordaz, que raya lo sarcástico, presente en sus relatos más logrados, también aparece en esta novela. Así como en ellos desnuda las contradicciones de la conciencia de clase de algunos de sus personajes aquí el escritor repite la fórmula pero, esta vez, para juzgar la perspectiva reduccionista desde la que se ha pensado la historia reciente argentina durante las últimas décadas, específicamente en lo que respecta a la última dictadura cívico-militar.

Los antecedentes también relatan casos policiales y hechos de sangre. En algunos hasta pudo percibir una clara relación con la violencia política de aquellos años. Pero eso a Lautaro no le interesa tanto. Mucho no entiende, ni le preocupa. En cambio,

sabe perfectamente lo que sucedió después, a partir de 1976. Cada año, apenas empiezan las clases, la mayoría de sus docentes hablan del Golpe, de la dictadura, de los desaparecidos, de los presos, las torturas, los hijos robados a las mujeres. Asesinadas. Incluso con la profesora de Lengua y Literatura trabajaron la carta de Walsh a la Junta Militar y prepararon en grupos afiches e intervenciones artísticas que instalaron en las galerías. Sin embargo, ninguno de los profesores mencionó en su relato lo que pasaba antes, en los años previos. No, evidentemente, nada de ese periodo valía la pena ser destacado. Salvo que Perón había regresado al país, eso sí, que había ganado las elecciones con su esposa de vice. Isabel. Isabelita. (2022, pp. 16 y 17)

Esa habilidad del escritor para exponer la mirada parcial, miope, en torno a los 70' la demuestra a la hora de juzgar el rol asumido por Juan Domingo Perón en el marco de la lucha armada y la violencia política que se vivió en Argentina a partir del asesinato de Aramburu en 1970 por parte de Montoneros. Aquí la voz parece desvanecerse para dar lugar a la evidencia histórica: las palabras del mismísimo Perón. La segunda parte de la novela se abre con las declaraciones que el entonces presidente de la nación pronunciara para el diario *La Nación* cuatro días después del intento de copamiento de la guarnición militar de Azul por parte del ERP, aún en plena democracia, declaraciones que no hicieron más que profundizar la crisis social que desgarraba al país. La respuesta estaba en la Triple A.

Un aspecto que le otorga dinamismo y vértigo a la lectura es la perspectiva con la que Ferroggiaro hace avanzar la narración. El enfoque es múltiple, omnipresente. La voz narrativa se desplaza permanentemente en diversos tiempos y espacios, ahondando en el presente de cada uno de los personajes: el encuentro entre Lautaro y Ángel en el bar de calle Montevideo

y San Martín; los primeros años de Ángel como periodista y sus años de madurez como corresponsal en Italia; el funcionamiento de la maquinaria policial y el ocultamiento de las pruebas del crimen; la vida del policía Rodolfo Cabrera; la investigación que encabezan Ángel y Raúl contra la impunidad que jueces y policías quieren imponer ante lo que, se supone, fue un error policial justificado por el contexto convulso que atravesaba el país en el año 1974; los cooperativistas y las horas previas a la travesía en la que encontrarían la muerte en el kilómetro 674 de la Ruta Nacional 9. Jorge Panesi (2020) en su prólogo a la edición aniversario de *Villa* de Luis Guzmán resume con estas palabras la importancia de la perspectiva en el tratamiento literario de la historia política.

La dimensión ética (“los buenos términos” en que una narración se entiende con el mundo de los valores) depende más que nada de la perspectiva, de la distancia. Y es fácil constatar que buena parte de la distancia ética proviene de la ironía. (2020, p. 14).

Lo más inmediato sería pensar a *El miedo vino después* dentro de la tradición que Rodolfo Walsh, *avant la lettre*, inauguró con *Operación masacre*. Sin embargo, su deuda no es con el escritor desaparecido en el año 1977 sino con el prolífico narrador siciliano Leonardo Sciascia y su técnica del *racconto-inchiesta*. Es el propio autor, en este caso, quien en la “Nota Final” de su novela se encarga de aclararlo.

A Leonardo Sciascia [le debo], la técnica del *racconto-inchiesta* que permite componer una versión de la realidad como la que se vertebra, al menos eso espero, en *El miedo vino después*.

Si bien la novela toma como referencia un hecho histórico –el asesinato de los cooperativistas– y dentro del libro se incluyen publicaciones periodísticas sobre la masacre, constituye menos una denuncia que una búsqueda de lo no dicho; un relato de

aquello que solo puede suponerse o imaginarse. Si se piensa como Ricardo Piglia (2014) que la especificidad de la ficción se encuentra “en esa zona indeterminada donde se cruzan la ficción y la verdad” (p. 10) *El miedo vino después* es una trinchera dentro de ese territorio. Porque Ferroggiaro tiene claro los límites que le impone la literatura y, lejos de intentar franquearlos, se afirma en la ficción. En definitiva, la literatura más que una esencia es un efecto y la ficción no solo depende de quien la construya sino también de quien la lea. Y esta novela le propondrá diversos caminos al lector: representará un disparador para una futura investigación histórica; propondrá un ejercicio de memoria acerca de qué una sociedad elige recordar y qué no porque, como escribió Borges (2011) en su poema “Un lector”, “(…) el olvido / es una de las formas de la memoria, su vago sótano, / la otra cara secreta de la moneda” (p. 93); pero, sobre todas las cosas, *El miedo vino después* lo sumergirá en un mundo intrincado, en una historia apasionante que bien podría ser una novela policial, como aquellas que resulta difícil soltar de las manos. Ferroggiaro, con gran virtuosismo, supo rescatar del naufragio del tiempo - parafraseando a Rodolfo Walsh en su prólogo a *Operación masacre* (2011)- “una historia increíble”, que al lector lo atrapará en el acto.

Referencias bibliográficas

Borges, J. L. (2011, 1969). *Elogio de la sombra*. Buenos Aires: Sudamericana.

Ferroggiaro, F. (2022). *El miedo vino después*. Rosario: UNR Editora.

Panesi, J. (2020). “Villa, el médico de la memoria” en Guzmán, L. (2020). *Villa*. Buenos Aires: Edhasa.

Piglia, R. (2014). *Crítica y ficción*. Buenos Aires: Debolsillo.

Vignoli, B. (2009). “Relatos llenos de no ficción”. *Rosario 12*. <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/rosario/12-19258-2009-07-08.html>

Walsh, R. (2011, 1958). *Operación masacre*. Ediciones de la Flor.